

SHOWCULTURAL

Cine • Libros • Televisión • Piropos • Arte • Teatro • Gastronomía • Opiniones

Griffero: desde la Plaza Italia río abajo

por Antonio Skármeta



Hay una gran afinidad entre el primer cuento de *Soy de la Plaza Italia* de Ramón Griffero, que en edición mejorada y henchida publicó Editorial Los Andes, y el mundo expuesto en la obra *Río abajo* (*Thunder river*), del mismo autor y bajo su batuta directoral. En ambas creaciones, se trata de Santiago visto como un microcosmos con la visión muy acotada de personajes que se mueven en la más estricta cotidianidad, y desde allí, heridos por la mediocridad, el miedo, las ansias sexuales, la pobreza y las fantasías de hacerse otros mejores, transitan a la marginalidad, la delincuencia, la violencia y el crimen.

Este espacio muy acotado tiene una precisa reducción escenográfica en la sala Antonio Varas, donde el humilde bloque de departamentos queda expuesto al fondo del escenario como cajas impúdicas en las que desarrollan su vida estos héroes transidos de delirio y soledad. La gama de personajes, siendo todos muy ellos mismos, no dejan de tener un carácter alegórico. Están allí el militar en retiro que sigue ordenando el mundo según esquemas rígidos y traslada los designios autoritarios a su propia familia, la eterna viudita de un desaparecido que vive con el canto de canciones de alborada de la UP la ignominia del crepúsculo, las chicas de horizontes cercenados que buscan pasiones y ternura y que son violadas y vendidas a sádicos, el artista fotógrafo homosexual que tiende su arte cual red erótica (asunto que recuerda el relato *El niño de yeso*, del mismo Griffero), y por cierto el héroe, abierto, ávido de una expansión universal, a quien veremos paulatina e



El bloque de departamentos, expuesto al fondo del escenario como cajas impúdicas, es una interesante hazaña técnica que merece un aplauso extra para Herbert Jonckers.

inexorablemente minado en sus sueños hasta el consecuente desenlace trágico.

Es curioso que obras tan disímiles como ésta y *Ofelia*, de Marco Antonio de la Parra, que alternan los días de la semana en el mismo auditorio, tengan algo en común. La frágil heroína de Shakespeare y el juvenil rapaz de Griffero son víctimas del mismo asedio, herederos de crímenes y terrores, e implacablemente conducidos a su aniquilación. Y, en ambas obras, son los jóvenes el escenario del desastre. Es en sus almas inaugurales, cuando aún hay sensibilidad para percibir deterioro, donde éste, aún no tamizado por el mismo cinismo, duele.

Si todo esto suena a tragedia, hay que aclarar de inmediato que habiendo mucha

verdad en *Río abajo* hay también harta alegría. No es una obra de tesis y la trama que une a los habitantes del bloque es plausible, melodramática, divertida y más cercana a la comedia musical norteamericana que a Sófocles. La parentela más cercana sería la estructura de *Porgy Bess*. Y, en efecto, hay música, algo de baile y la mirada de Griffero hacia sus héroes es tierna e irónica. Ahora bien, para que este espectáculo avance rápido, los personajes son de una pincelada. Es decir, sus psicologías son esquemáticas y sus almas se exteriorizan de un golpe. Están plenamente ahí y, cada vez que aparecen, nos dan más de lo mismo. Este apunte, sin embargo, no tiene nada de peyorativo. En el género por el cual optó la dirección, es

perfectamente legítimo.

Otras cosas hay que agradecerle al Teatro Nacional por este montaje: aquí entró una gama de personajes que habían sido escamoteados de la escena chilena y hay momentos que se apartan de la pacatería y discreción ambiente, entre ellas una seducción homosexual y una violación. El lenguaje es suelto, los diálogos coloquiales y *Griffero* prueba su buen ritmo y sentido del espectáculo. Otra muestra de su versatilidad, que lo hace uno de los más notables artistas en nuestro medio.

Por cierto que el bloque de departamentos es una interesante hazaña técnica y merece un aplauso extra para Herbert Jonckers. Un mérito adicional de los montajes en la sala Antonio Varas es la mezcla de buenos actores maduros, dispersos en el ambiente, con las generaciones de artistas más jóvenes que provienen de las escuelas de teatro. Es una dicha, por ejemplo, ver a la estupefanda Naldy Hernández en los rápidos matices que van de ser la militante heroica de un desaparecido que con sus canciones cubre la realidad, a los presagios que avanzan acerca del destino de su hijo expuesto a los traficantes de drogas, a la resolución final de asumir la ética de la violencia.

Río abajo tiene un rostro amable, divierte y entretiene, y son los jóvenes quienes sentirán latir más fuerte su corazón. Pero tras estas dulces apariencias, se apunta a una "irreconciliable" situación. Esta obra es una de las más radicales que se han visto en Santiago. ■